

## EL LEÓN MORIBUNDO

ESCENAS DE LA VIDA ARTÍSTICA

NI un sitio vacío, ni un rincón desocupado. El vasto recinto del Teatro del Liceo, radiante de luz, lleno á rebosar, ofrecía lo que en lenguaje reporterial se llama el aspecto de las grandes solemnidades artísticas: desde las alturas del paraíso, en cuyos dos pisos se apiñaban centenares de espectadores, hasta la espaciosa platea, donde no se veía ya un asiento vacante, la multitud lo había invadido todo, extendiéndose por la cuadruple hilera de palcos y por los pasillos, en que se estrujaban los *dilettante*, ó simplemente los curiosos menos afortunados, los que llegaron demasiado tarde para conquistar un puesto y se resignaban á escuchar la ópera, en pie.

Había transcurrido ya la hora fijada en los carteles para comenzar la representación, y de aquella muchedumbre brotaba ese murmullo que revela la impaciencia, creciente á cada minuto que pase, y amenaza convertirse, por poco que la apuren, en enfado. De las altas regiones, en donde los estudiantes, empleados de comercio y menestrales filarmónicos formaban compactos núcleos, salían ya voces destempladas, apóstrofes, cacareos, exclamaciones irónicas, en tanto que del público más correcto de butacas y palcos, levantábase el rumor de las conversaciones entabladas; y con esos confusos murmullos mezclábanse los incoherentes sonidos de la orquesta, de los músicos preparando sus instrumentos: trinos de clarinete, modulaciones de flauta, gemidos de violín, lamentos de viola y de violoncello.

Era, aquélla, noche de debut, de «primera salida» y la impaciencia del público la explicaba más que la tardanza en comenzar el espectáculo, el prestigio de un nombre que pronunciaban todos los labios y que resplandecía, impreso en letras de fuego, en la fachada del teatro; nombre ilustre entre los ilustres, casi legendario y que al ser ahora repetido por



millares de bocas producía casi el efecto de una resurrección; era tan antigua la celebridad de Nadini, del gran Nadini, hacía tanto tiempo que se le creía definitivamente retirado de la escena, que su reaparición, al par que suma curiosidad, motivaba extrañeza, mezclada de evidente desconfianza. Habíase establecido dos corrientes opuestas y levantándose dos bandos rivales, aún antes que hiciese el artista su primera exhibición: en tanto, los hombres viejos, ó de edad madura, los que habían podido oír á Nadini cuando estaba en el apogeo de sus facultades y de su esplendorosa fama, soltaban, al evocar el brillante recuerdo, exclamaciones de aún no extinguida admiración; los jóvenes, los que no conocían del tenor de antaño más que el glorioso renombre, encogíanse de hombros con mal disimulado desdén, sonreían escépticos, viendo sólo en el entusiasmo de sus mayores el prurito de ensalzar cosas del tiempo pasado.

Además, hay siempre entre todo público dos elementos diametralmente en pugna: el optimista y el pesimista; el primero bonachón, predispuesto por temperamento á tributar el aplauso, á conceder el éxito, á perdonar defectos; el segundo á extremar la severidad, á regatear méritos, á mostrarse exigente, duro, inflexible. Y de la lucha entre esos dos elementos, que en un momento dado chocan, nacen esas tempestades teatrales, cien veces más pavorosas para el artista que una tormenta en alta mar: y antes que la tempestad, se forma en el mismo coliseo una atmósfera preñada de amenazas, saturada de electricidad, que los habituados olfatean y presienten desde los primeros momentos, mucho antes de que se levante el telón.

—Esta noche tendremos bronca—decía en un palco de proscenio un gomoso.—Lo huelo.

—¿Y por qué?...—preguntaba una cabeza gris.

—Pues porque, á lo que parece, ese Nadini está ya fuera de uso; apenas si puede dar algunas notas en su cuerda media y aún.

—¡Bah!... no tema usted, anoche le oí en el ensayo y quedé sorprendido.

—¿De lo malo que es?...—preguntó irónicamente el gomoso.

—Señor mío: un artista como Nadini no es nunca malo, aun cuando esté en decadencia; y con todos sus achaques y sus años, vale cien veces más que todos esos herreros, lampistas y zapateros de España y fuera de España, que se ponen á cantar sin saber lo que es arte, y á quienes ustedes los *inteligentes* del día aplauden rabiosamente, sólo porque sueltan un dó de pecho y hacen cuatro muecas.

—Sin embargo,—murmuraba un tercero—creo que á la edad de ese hombre, que toca ya á los sesenta, no se puede hacer prodigios, y sin poner en duda sus grandes facultades de otros tiempos, temo... temo...

—No tema usted nada, vuelvo á decir—replicaba la cabeza gris con acento autoritario— aun cuando la voz no sea, naturalmente, lo que era treinta años há, Nadini posee siempre grandes recursos y...

—Engañifas y socaliñas, dirá usted mejor,—interrumpía brutalmente el pollo—habilidades que ya no timan á nadie; y en créame usted: si ese buen hombre resulta filfa, se le silbará jeal.

—¡Silbar á Nadini!...—prorrumpió indignado y escandalizado el veterano,—¡silbar al artista á quien Rossini estrechaba en sus brazos, después de oírle en el *Guillemot*!...

—Amigo, lo que ha sido y no es, lo mismo que si no hubiese sido; nosotros pagamos, y muy caro por cierto, no para oír tenores pasados, sino tenores presentes, y según tengo entendido, el de hoy, no es más que una ruina mal conservada.

—Pero ¿cómo se explica que esa celebridad que se había ya retirado de las tablas, hace quince años, vuelva hoy al teatro?—preguntaba otro espectador.

—¡Toma!... para poder comer. Nadini se había retirado con un bonito capital y pensaba tener una vejez asegurada y tranquila; pero el banquero que guardaba sus fondos quebró el año pasado... y ahí tienen ustedes; el pobre viejo canta otra vez para no morir de hambre él y su hija.

Un golpe seco, producido por la batuta del director sobre el atril, interrumpió las conversaciones; apagáronse gradualmente los murmullos, oyéronse algunos siseos imperiosos, imponiendo silencio, y la orquesta preludió los compases que sirven de introducción á la *Favorita*.

Alzóse, majestuoso, el vasto telón, apareció el interior de un convento, salieron por entre bastidores los monjes de la comunidad para entonar, puestos en semicírculo, el coro, que fué escuchado con indiferencia, retiráronse luego con las cogullas echadas sobre el rostro, metidas las manos entre las anchas mangas de los hábitos... y un murmullo vibró por todos los ámbitos del teatro, acompañado de una ondulación de cabezas, en tanto que un palmeteo de cortesía y bienvenida acogía al ilustre vestigio de ya lejanas épocas de arte y de juventud.

Sobre la escena, dos hombres permanecían en pie, inmóviles y todas las miradas se clavaban curiosas é impacientes sobre él, que vestido con los amplios y albos ropajes de novicio quería disimular el estrago de los años bajo una profusión de negros cabellos, cuyos ensortijados rizos medio cubríanle la frente, en complicidad con la tintura del bigote y el bermellón que tapaba los surcos abiertos por la vejez en las mejillas. Allí, temblando de miedo, palpitándole con violencia el corazón á impulsos del recuerdo embriagador del pasado y de la siniestra inquietud del presente, contestaba el *héroe* con reverentes inclinaciones al aplauso con que se recibía su aparición.

Y por cierto que había, en aquel momento, otros corazones que latían conmovidos al pár del suyo. Allí, en uno de los palcos bajos, disimulando su presencia tras la fresca belleza de dos mujeres jóvenes y llenas de vida, una aristocrática dama, ya encanecida y mustia, hacia heroicos esfuerzos para dominar la agitación que cubría alternativamente de pálidas tintas y ruborosos matices su marchitado rostro, de tan ponderada hermosura algunos lustros antes. También en su alma los recuerdos levantaban mil ecos, ya dulces, ya adoloridos, que la transportaban



con intensa precisión de detalles á la ya remota época en que, apasionada é inexperta, concibiera por el adulado artista un amor que sólo podía concluir—así al menos lo creyera ella— con la muerte. ¡Qué arrogante y seductor era entonces Nadini, el tenor; que todo Europa aclamaba delirante, que las mujeres más encopetadas y más bellas se habían disputado, el incomparable intérprete de Rossini y de Verdi, de Bellini y de Donizetti, el rey del canto, el modelo de la elegancia, el amigo lisonjeado de los magnates y de los reyes!...

Había sentido *ella* una pasión loca por el idolo en moda; y él, el hombre hastiado ya de inspirar femeniles caprichos, habíase dejado aprisionar por el ardiente cariño que hasta la escena le enviaban dos ojos grandes, negros, enamorados, que buscaban afanosamente los suyos; dos ojos que resplandecían dichosos cuando el astro se presentaba en el escenario y se velaban entristecidos cuando desaparecía entre bastidores... No tardó en entablarse entre la joven y el cantante activa y amorosa correspondencia, único desahogo que podían permitirse aquellos platónicos amantes, pues apenas si lograron en el transcurso de los cuatro ó cinco meses que duraron sus relaciones, tener algunas furtivas y cortas entrevistas, en la calle ó en el templo... Breves palabras, cruzadas rápidamente, algún misterioso apretón de manos dado al pasar ó al encubridor abrigo de una capilla sumida en la obscuridad; el trueque clandestino de tiernas frivolidades, flores prendidas la víspera sobre el pecho palpitante de la doncellita, dorados rizos de su rubia cabellera ó un negro mechón de las melenas del idolo, la *drugona* de seda y oro que aquél llevara una noche en el puño de su espada... luego, otra noche, el cambio de un beso que aún después de tantos años quemaba deliciosamente sus labios de mujer casada y virtuosa... he aquí á cuanto se redujo la realidad de aquella pasión...

Sus amores terminaron un día bruscamente. Los padres de la niña, nobles, ricos, chapados á la antigua, descubrieron la clave del enigma que tanto les atormentaba; el origen de aquellas melancolías seguidas de incomprensibles extremos de alegría, de aquellas palideces alternando con súbitos rubores, de aquellas horas de profundo ensimismamiento ó de nerviosa agitación, que sólo disipaban los acentos celestiales del sér amado. Mucho admiraban los consortes el talento del cantante, pero no hasta el punto de sacrificarle á su única hija; no podían admitir en su respetabilidad de gente superior la idea, siquiera, de semejante matrimonio. Mostráronse inflexibles á súplicas y lágrimas, tomaron enérgicas medidas, cayó enferma la niña, curó al fin y dos años después casó con un buen muchacho, bien tronchado, con dinero y sin ensueños ni gloria artística, ni ganas de ello. Cuanto al tenor, que se había marchado muy afligido á su hermosa Italia, lloró durante tres meses su malogrado idilio y puso término á sus penas, casándose con una *prima donna*.

¡Y de todo eso habían pasado treinta años!... ¡qué fugaz vuela el tiempo y los recuerdos añejos qué lejanos están y qué rápidos vuelven á la mente que los llama! Modulaba el viejo tenor las primeras notas de su cavatina con voz cascada y trémula, en medio de un silencio sepulcral, y la dama angustiada, reconoció apenas el timbre soberano de aquella voz famosa... ¡qué metamorfosis, Santo Dios, y qué contraste entre la brutal realidad de ahora y el eco embelesador de lo que fuera!...

Parecíale á la enamorada de los antiguos días que un acento cantaba en su alma la frase del último acto de *Luccia* con que Nadini, puestos en ella los moribundos ojos, le enviaba una noche, ante tres mil espectadores conmovidos, toda la intensidad de su ternura:

*Dell'alma innamorata...*

Y como ella, el público lloraba, dominado por el artista... ¡ay! ¡qué lejos estaba todo eso! tan sólo, como una evocación de aquella antigua historia, quedaba una ruina viviente, cuyo canto, remedo de extinguidos esplendores, parecía implorar compasión...

Finió la cavatina, sonaron aplausos benévolos, ahogados al instante por un siseo que descendió de las alturas como una ráfaga helada precursora de tormenta cercana y, tras el corto diálogo entre Fernando y Baltasare y la *stretta* que pone término al primer cuadro, cambió la decoración, y principió el bailable que precede al inspirado dúo del tenor y de la meso-soprano. La desilusión, ya iniciada, tomó entonces graves proporciones. En vano mostró Nadini grandes dotes de estilo, en vano desplegó los recursos de su talento dramático en ciertos arranques geniales; el público permanecía frío y desdénoso, guardando una actitud hostil, impresionado desagradablemente por la asperidad y dureza de aquella voz cascada, que al elevarse un poco producía acentos guturales y temblorosos.

Bajó el telón en medio de un silencio sepulcral: silencio terrible para el artista desdeñado á quien envuelve como un sudario; y el tenor demudado, abatido, atravesó los bastidores. Una jovencita sencillamente ataviada le esperaba allí, tras uno de los portantes: apoderóse de sus manos, estrechándolas cariñosamente, miróle con entrañable expresión y murmuró en ese armonioso lenguaje que parece nacer de las brisas del Adriático:

—*Coraggio, padre mio...*

Peró el anciano movió desalentado la cabeza y, sin pronunciar una palabra, apoyado en el brazo de su hija, subió lentamente la escalera que conducía á su cuarto.

Entretanto, una agitación extremada se difundía en la inmensa sala y se extendía hasta los corredores, donde se formaban grupos compactos, apiñados corrillos, arepagos indispensables en las noches de debut, en los cuales se disea hasta lo vivo al artista á quien se acaba de oír. El pobre Nadini era despedido con una furia indecible: sus antiguos partidarios, los de treinta años atrás, andaban conternados y no se atrevían á levantar la voz en defensa del héroe derribado: si alguno osaba proferir tímidamente una objeción, rememorando los laureles que un día fueron, callábase á las pocas palabras, confundido por un diluvio de pullas y de sarcasmos: no faltaba quien llegaba hasta á poner en duda que el viejo tenor hubiese sido tanto como pretendían sus contemporáneos... el prurito de ensalzar lo antiguo ha existido siempre, y por fin, admitiendo que Nadini hubiera sido en sus mocedades un rey del



canto ¿qué? el caso es que ya no servía para nada, absolutamente para nada. El teatro no debía ser un asilo de inválidos, y la empresa estaba dos veces al público, ajustando á un artista inadmisibile y doblando por ello los precios. Verdaderamente, contra ese argumento no había refutación posible.

EZEQUIEL BOIXET

(Concluirá)

Ilustraciones de J. PASSOS.





CAMPS  
**AMOR**  
 POEMA  
 ORIGINAL  
 SALVADOR CARRERA

CANTO SEXTO

¡Allá va la material La muerte bajó al vuelo  
 y en paternal abrazo con ella le estrechó;  
 al fin, llegó el anciano al templo de consuelo:  
 amor cerró sus ojos, clavados en el cielo;  
 amor cerró sus labios ¡y en ellos se quedó!

CONCLUSIÓN

No importa que en continuas, violentas convulsio-  
 nes, los siglos se atropellen, sin descansar jamás;  
 no importa que perezcan las razas y naciones;  
 que al cabo rompa el globo sus férreos eslabones:  
 la muerte es transitoria, no acaba todo... ¡hay más!

Día vendrá en que rasguen los míseros mortales  
 sus fúnebres sudarios, de nueva vida en pos,  
 y rompan sin esfuerzo sus losas sepulcrales  
 y crucen las inmensas regiones celestiales  
 y lleguen á la gloria y vean á sú Dios.

Confía, alma, confía; la vida es un momento,  
 veloz el tiempo corre, la hora va á sonar,  
 la tierra exhala débil el último lamento,  
 sus ondas nacaradas te brinda el firmamento,  
 los ángeles te llaman, prepárate á volar.

No temas que te abrasen los célicos fulgores;  
 remonta los espacios, elévate al Señor,  
 confíale tus penas, cuidados y temores.  
 Corred los escogidos, volad los pecadores,  
 llegad ante su trono... ¡allí estará el amor!

Orlado por GASPARD CAMPS.

VÉASE LOS NÚMEROS 105, 109, 112, 115, 117 Y 120.

ENRIQUE ESTEVAN



MANIOBRAS DE ARTILLERÍA